



LA PASCUA ES LA VICTORIA DEL AMOR SOBRE EL PECADO

por fr. Francesco D. Colacelli

“Sabemos que el ser humano está herido y la cuestión de “quién es el hombre” está oscurecida por el hecho del pecado, que ha ofendido la naturaleza humana hasta sus profundidades. Así se dice “ha mentado”, “es humano”; “ha robado”, “es humano”; pero éste no es el verdadero ser humano. Humano es ser generoso, es ser bueno, es ser hombre de la justicia, de la prudencia verdadera, de la sabiduría”. Ésta es la visión antropológica, expresada por el Papa Benedicto XVI, que brota de la Palabra de Dios, que define el “verdadero ser humano”, como aquel que se esfuerza para continuar a ser “imagen de Dios”. Las palabras del Santo Padre, pronunciadas el 18 de febrero pasado en el Aula de la Bendición del Palacio Apostólico Vaticano durante un encuentro con los Párrocos y Sacerdotes de la diócesis de Roma para la tradicional cita del inicio de la Cuaresma, han capturado la atención de los medios de comunicación. Lo que cualquier conciencia iluminada de la fe definiría obvio, sabido, ha terminado en primera página. Es la prueba evidente de que el reclamo del Pontífice es noticia. Y, si es noticia, significa que no está dirigido a unos pocos, sino que va a contracorriente respecto a una actitud ya difusa.

La cuestión no es ya el mentir o el robar. El nudo de la cuestión es el ocaso del concepto del pecado, la incapacidad de distinguir entre el bien y el mal. Un problema que no atañe sólo a quien no tiene fe, sino también a muchos creyentes que, más o menos inconscientemente, domestican la Revelación sometiéndola al propio interés o a la búsqueda egoísta de una mal concebida felicidad terrenal.

Esto explica las muchas confesiones insignificantes y, de frente a las preguntas catequísticas de los ministros de la Reconciliación, las cada vez más frecuentes respuestas con la frase de circunstancia: “¿Pero qué hay de malo...?”.

Por esto, casi en continuidad con este discurso, tres días después, en el discurso del *Angelus*, Benedicto XVI ha puesto en guardia del pecado más insidioso, pero seguramente más difundido: la “adoración del poder”, del cual no se libran ni siquiera los más fervientes creyentes. “La tentación del poder es la más diabólica de las tentaciones que puedan ser tendidas al hombre, si Satanás osó proponerla incluso a Cristo” escribía Ignazio Silone. Jesús respondió a ésta y a otras dos tentaciones con la “obediencia, la conformidad con la voluntad de Dios, que es el fundamen-

to de nuestro ser”, ha explicado el Santo Padre, añadiendo que “ésta es una enseñanza fundamental para nosotros: si llevamos en la mente y en el corazón la Palabra de Dios, si ésta entra en nuestra vida, si tenemos confianza en Dios, podemos rechazar cualquier tipo de engaño del Tentador”. No es sólo una prerrogativa del Hijo de Dios. Cada uno de nosotros puede luchar y vencer las seducciones del pecado y al Seductor. Lo testimonia la entera existencia del Padre Pío, que incluso sufrió el combate físico con el Maligno.

No se puede festejar la Pascua olvidando que su significado auténtico es la victoria del amor sobre el pecado. Y no hay victoria sobre el pecado si no se tiene la conciencia. Por esto, mi deseo es que la próxima sea una Pascua de reflexión. Que, a partir de las palabras del Vicario de Cristo y del ejemplo de san Pío de Pietrelcina, puedan despertarse muchas conciencias dormidas, deslumbradas por tantos bellos sueños, que en realidad son sólo ilusiones. Que cada hombre pueda descubrir que hay sólo una cosa que sea capaz de hacer manar la verdadera felicidad: el amor. ■